

MUJER, FAMILIA Y SOCIEDAD

LA FAMILIA TRASMISOR DE LA IDEOLOGÍA DOMINANTE

MARGARITA DE LEONARDO
MARÍA GUERRA

• ESTRATEGIA, REVISTA DE ANALISIS POLÍTICO

Relaciones sociales de producción, enajenación e ideología

Desde su aparición histórica la familia es un núcleo económico e ideológico que refleja y forma parte de las instituciones que integran la estructura y superestructura de las diferentes formaciones sociales. En este sentido se trata de una categoría que cambia de acuerdo a las modificaciones que sufre la estructura socioeconómica al paso de unas a otras. La función ideológica de la familia se explica en virtud del papel que desempeña ésta en la sociedad, a la clase social que corresponde en relación con el lugar que ocupa en la producción el hombre o bien la mujer que sostiene a la familia. Tanto la familia burguesa como la proletaria suelen ser en uno y otro caso transmisores de la ideología dominante.

Para comprender esta función ideológica, y el rol enajenante que entraña la relación familiar, se ha de partir del conocimiento de las relaciones sociales, de la de trabajo a la que todo hombre se enfrenta para resolver su problema de subsistencia, o sea la relación de un hombre con los otros a partir de la propiedad privada de los medios de producción, y de la posesión particular de éstos que es la base de la explotación.

El obrero, señalaba Marx en sus primeros escritos, para ser hombre tiene que ser obrero. Su ser genérico está subordinado a su ser asalariado para poder existir como individuo. De este hecho se deriva la razón esencial de su enajenación que se expresa en los siguientes aspectos: la enajenación que sufre el obrero en relación al producto de su trabajo, en cuanto que éste no le pertenece, le es ajeno, y la enajenación en su actividad productiva misma en cuanto que ésta es forzada, necesaria y no lo afirma sino que lo niega. La enajenación causa y consecuencia de la propiedad privada, es como tal un hecho económico que determina una forma de conciencia presente en la vida social e individual del obrero.

Por otra parte, la clase propietaria se enajena también en esta relación. La burguesía depende del obrero aunque ser

dueña de la riqueza le da una relativa libertad además de permitirle una vida llena de lujo, seguridad y bienestar.

En el capitalismo, el trabajo no es un elemento que humanizador, objective o que afirme al hombre, sino que lo niega y enajena. Decía Marx: "Para él, —el trabajador—, la vida comienza allí donde terminan estas actividades, en la mesa de su casa, en la taberna, en la cama [...] Las horas de trabajo no tienen para él sentido alguno en cuanto tejer, hilar, taladrar, etcétera, sino solamente como medio para ganar el dinero que le permita sentarse a la mesa o en el banco de la taberna y meterse en su cama".

El trabajo que debiera ser punto de unión de sus relaciones sociales amistosas, amorosas, generador de relaciones interpersonales profundas y genuinas es por el contrario su negación. Lo que acercará a un individuo a los demás será la necesidad de compañía para beber, divertirse, enajenarse. Su vida familiar, generalmente fundada en relaciones también superficiales, sin intereses comunes, ni relaciones basadas en respeto y amor, no escapará a la situación anterior: agresividad, violencia, frustración acompañarán las relaciones entre los miembros de la familia.

La ideología burguesa cambia de acuerdo con el desarrollo histórico del capitalismo, al desarrollo de las fuerzas productivas y necesidades que ello genera en la relación capital-trabajo. La incorporación creciente de la mujer al trabajo productivo, se acompaña de la necesidad de la realización del trabajo doméstico o sea la reproducción de la fuerza de trabajo en su aspecto fundamental, la conversión del salario en bienes consumibles por la familia, y es en atención a esa necesidad de transmutar la percepción del obrero en alimentos y objetos de consumo que la burguesía modifica las consignas en torno al papel de la mujer. Defiende a la familia como algo «eterno e inmutable» en correspondencia a su afirmación de que el capitalismo lo es. Impone nuevos «valores» manejándolos de acuerdo a sus necesidades, yendo y viniendo del puritanismo extremo y religioso, a un liberalismo o formas liberalizantes de la «familia moderna» y del nuevo papel que la mujer —«pilar fundamental»— desempeña en ella. Se exalta la sexualidad y la belleza, paralelamente a atributos como la fidelidad, la abnegación, la femineidad, cualidades estas últimas que la propia burguesía se encarga de destruir mediante la explotación y la miseria creciente del proletariado que ve desgarrada y destruida su familia, no sólo por la enajenación, sino por la necesidad de integrar a todos los miembros al trabajo asalariado, a las formas del subempleo y, en periodos de crisis y desempleo, a la prostitución, la corrupción y el vagabundaje.

Para mantener esa enajenación la burguesía se vale de todos los medios de que dispone, entre ellos de su principal instrumento de dominación: el Estado. Al través de los medios de comunicación masiva, agrupaciones sindicales, diversos clubes sociales, de la educación, y de la Iglesia se difundirá y defenderá la concepción burguesa sobre la familia y la mujer, y se impondrá una imagen falseada de ambas para ocultar la realidad de una y otra bajo el capitalismo.

¿Cuáles son las relaciones sociales y cómo se expresa el problema de la familia en una sociedad dividida en clases y de acuerdo a la estructura socioeconómica actual? Ante todo, ha de entenderse que no basta la idea o el deseo de la clase dominante para transformar y embellecer el esquema tipo de este núcleo de la sociedad, por más que esa

clase, enajenada también, difunda la ideología resultante de relaciones objetivas de explotación como modo de mantener ésta. Es la realidad la que va a transformar y determinar dicha ideología, realidad conformada por la etapa histórica del desarrollo capitalista.

Es evidente que la familia, núcleo central de la sociedad, es distinta en las dos clases fundamentales del sistema, así como en los diferentes estratos y capas sociales. El acercarse al estudio concreto de dicha estructura, al avanzar en el conocimiento de la función ideológica de la familia, permitirá abrir el camino de la lucha ideológica necesaria para aportar una concepción científica sobre la familia y la mujer en un terreno ahora ganado y manipulado por la burguesía.

Claro es que el análisis de la relación dialéctica entre la estructura y la ideología, entre familia y enajenación y la objetivación ideológica del antagonismo burguesía/proletariado, significaría un amplio trabajo que no se pretende agotar en este ensayo. Aquí solo se avanzará en el señalamiento de los que acaso sean los problemas generales más importantes para su comprensión, en el contexto actual de nuestro país.

Clases sociales, enajenación, y familia en México

En la fase actual que recorre el sistema, el primero y más importante instrumento con que cuenta el capital monopolista, como la fuerza económica y política más importante que es, para hacer valer su ideología, su moral su derecho, su concepción acerca de la familia es el Estado, quien asume con plena responsabilidad esta última tarea: "La familia es la base de nuestra estructura social. Su atención y cuidado permanente son una obligación ineludible del Estado mexicano" dijo José López Portillo en su informe del 1o. de septiembre del año recién concluido.

En una entrevista televisada con reporteros y corresponsales extranjeros —a la sazón de cumplirse un año de su toma de posesión— el presidente López Portillo hizo el elogio de la familia mexicana y a la vez habló de cómo soportaba y ayudaba a «sortear» la crisis. En ella, sobre todo en la proletaria, semiproletaria y pequeño burguesa proletarizada recaería, al través de la mujer, la carga de los bajos salarios, la economía de éstos para hacerlos alcanzar a toda la familia, el trabajo o subempleo para mejorar la alimentación, el vestido y la vivienda, y al través de la práctica de la aceptación de «arrimados», que hacían más el núcleo familiar y aumentan la promiscuidad, la extensión del fondo de consumo de los trabajadores a quienes han sido despedidos o son desempleados y subempleados. Así el elogio del Presidente a la vez que tal, fue un reconocimiento de las duras condiciones de vida de la familia y un modo de transmisión de la ideología que presenta a aquélla y su situación como una virtud digna de ser mantenida.

Entre los mecanismos de esa transmisión ideológica de la clase dominante se pueden mencionar los que de modo mas corriente se llevan al cabo:

—A través del llamado «derecho familiar», de las leyes, códigos, reglamentos que a ella aluden se establece como debe ser y actuar; cuál debe ser el funcionamiento ideal de la familia; se señala que la base de una familia «sana» es

el contrato matrimonial que rige a «este pilar de la sociedad». Aprovechando una posición pequeño burguesa, romántica, que en muchas ocasiones no concuerda con la realidad y con el proceso de desintegración familiar, se promueve la necesidad de la legalización de las relaciones hombre- mujer «sacralizadas» laicamente, por el matrimonio a través de instituciones de seguridad social, de las delegaciones políticas, de los municipios.

—Por medio de la educación —previamente, difundida por los aparatos estatales y privados, educativos— que es una de las funciones más importantes de la familia, se impone a los hijos una serie de reglas sociales y de comportamiento que los prepara para asumir el papel que su clase les ha deparado: sumisos y «respetuosos» ante sus opresores o déspotas y autoritarios frente a sus subordinados. La educación formal por su parte no hace sino reforzar, profundizar y dar un carácter «natural» e incuestionable a la labor familiar.

—Con la propaganda como aparato ideológico del Estado que refuerza también el patrón familiar establecido. En la radio y la televisión, la familia se presenta unas veces más «modernizada», más «liberada» a imagen y semejanza de la familia «ideal» norteamericana: siempre, rutinaria, aburrida y enajenada por la supuesta «comodidad», y en otras ocasiones (sobre todo en los programas más populares) se mantiene con más fuerza el tipo de familia tradicional en donde la figura autoritaria es la del padre y a la materna corresponde ser el centro aglutinador. Los hijos son la fuente de penas y alegrías y tal pareciera que en ese núcleo se agota toda la vida social. Tal vez esta insistencia en el esquema más acartonado de lo que debe ser la familia corresponde precisamente a la mayor desintegración que sufre en las clases trabajadoras. Al través de la publicidad comercial, son tres los tipos de relación hombre-mujer que vemos: aquél en donde el motivo de la relación es un automóvil, una camisa, un perfume, una bebida, unos cigarrillos, mercancías «sexualizadas», es decir se trata de relaciones entre «cosas» a pesar, o por ello, de las lindas «modelos» que los presentan. En un segundo tipo encontramos a los jóvenes que aspiran al casamiento: jóvenes ahorrativos que sueñan con su casa, el ajuar, la vajilla o los muebles. Y en tercer lugar está el sueño realizado, el paraíso encontrado: la familia con el padre quisquilloso, y regañón; la madre manteniendo unida a la familia gracias a la sabrosura («el póngale lo sabroso») de los consomés; la limpieza hogareña o la pasta dental y los niños sin más tarea que exigir la compra de mil artículos.

—La Iglesia, sin ser parte del Estado, es una institución que generalmente apoya la concepción burguesa de la familia. Sin embargo en la actualidad se expresa en su seno la lucha de clases, y el enfrentamiento entre diversas concepciones del mundo: entre un sector progresista y radicalizado vinculado a los explotados y otro, reaccionario unido a los intereses de la clase dominante. Por lo mismo la influencia que ejerce no es homogénea. Así para la burguesía y la pequeña burguesía, la religión, más que una fuente de consuelo ha pasado a ser un mecanismo de cohesión de la familia en la que sus preceptos y normas se cumplan como una obligación social: bautizos, bodas, acciones de gracias, «quince años», actividades que aparentemente unen a la familia a falta de otros lazos que lo hagan. También con el apoyo de la Iglesia ciertos sectores de la pequeña burguesía y burguesía se organizan para defender los valores morales y mantener incólume la estructura familiar. Tal es el caso del Movimiento Familiar Cristiano o del Movimiento de Renovación Carismática.

El proletariado sobre todo rural y particularmente sus mujeres, resiente la religión en forma de una poderosa influencia que impulsa el temor al castigo divino, el respeto a la autoridad establecida, la pasividad. En algunos casos se enfrentan sectores eclesiásticos a ciertas políticas del Estado como en los casos del control natal o del aborto. Se aprovecha la ignorancia popular y se ejerce por parte de la Iglesia una amenaza a la mujer que se atreviera a emplear alguna de estas medidas.

Hay que advertir que la familia no sólo resiente los efectos de la enajenación que suscita el sistema, sino que bajo el capitalismo y en tanto que núcleo económico — ideológico fundamental, es el primer agente trasmisor de enajenación. Es notable como en ninguno de los modelos familiares el trabajo es el centro de cohesión, sino que el tiempo y las actividades que se realizan después de la jornada laboral se muestran como más importantes.

La enajenación en que se sumerge la familia bajo el capitalismo se va a expresar también en contradicciones internas. Dado el papel subordinado que juega la mujer dentro de ella las relaciones de la pareja distan mucho de ser armónicas. En la familia burguesa al no realizar trabajo alguno, la mujer pasa a ser generalmente «objeto de lujo», sumido en el ocio absoluto o realizando funciones «sociales» «caritativas» que no tienen relación directa con las actividades de su marido, lo que acarrea la imposibilidad de comunicación humana. Esto en un contexto de lujo, relajamiento moral y aburrimiento propicia el adulterio, el «escándalo», la prostitución pagada o no, la corrupción y el vicio.

Evidentemente la ideología burguesa no actúa de manera lineal ni homogénea en las diferentes clases y estratos sociales. La primera en violar su propia imagen de la familia es la burguesía. En ella no se encuentra ni uno solo de los valores que dice defender, sino su antítesis. Si alguna clase desconoce las relaciones interpersonales basadas en el respeto, el cariño y el trabajo, es ese tipo de familia. Como ejemplo podríamos citar los «chismes» que en las revistas «femeninas» se publican sobre miembros del jet set, los clubs de los magnates financieros y de la oligarquía y sobre sus escándalos, fiestas, amoríos, su prostitución y su vida toda, que da cuenta de cómo esa familia solo existe para los actos sociales y el reforzamiento de lazos económicos. En los sectores oligárquicos, particularmente, la familia se rige por el esquema imperialista norteamericano, que es el que se intenta difundir y promover en toda la sociedad. Es aquí en donde las relaciones interpersonales están sustentadas y giran en torno a la conservación, herencia y preservación del capital.

En la pequeña burguesía se da la contradicción entre el cumplimiento del ideal familiar burgués y la imposibilidad de lograrlo. Es ella quien defiende de manera más radical los planteamientos burgueses sobre el amor romántico, la fidelidad o la vida cómoda, sin sobresaltos de ninguna especie.

La pequeña burguesía, en tanto oscila entre adherirse a los intereses de la burguesía o del proletariado, a partir de sus condiciones de vida y de trabajo puede optar por hacer posible el ideal de una u otra clase. Una parte de ella, ganada a las posiciones dominantes, establecerá relaciones personales en función de disfrutar los beneficios materiales, sin salir de la enajenación. Por otra parte profesionistas, maestros, empleados, cuyas condiciones de vida

tienden a proletarizarse —preocupados por la realidad— integran su trabajo a la lucha por la transformación social, y pugnan por establecer relaciones personales más cercanas al movimiento proletariado. En estos sectores se dan importantes luchas en torno al problema de la mujer y de la familia, luchas que van desde las aún impregnadas de ideología burguesa como las feministas o aquellas por reformas válidas como la igualdad jurídica y legal de la mujer, pero suponen simplemente que acabarán el problema de la explotación, desigualdad y opresión de la mujer —en última instancia determinado por el sistema—, hasta posiciones serias y científicas que pretenden explicar la función de la mujer y la familia en nuestra sociedad.

En el proletariado y capas medias, así como el trabajo del hombre está enajenado y no es una fuente de satisfacciones, sino una pesada carga, el trabajo doméstico que realiza la mujer ni siquiera tiene un rango social y resulta doblemente enajenante en el sentido de que no se considera productivo y de que en lugar de vincular a aquélla a la vida social, la aísla tanto de su pareja como del resto de su clase. Cuando la mujer se integra al proceso productivo no sólo sufre la enajenación proletaria, sino que objetivamente tal trabajo —en las condiciones actuales— tiende a ser un elemento disolvente del núcleo familiar. Es la familia proletaria la que vive de manera más aguda las contradicciones sociales. En la medida en que la ideología burguesa y pequeña burguesa influye de manera importante en los trabajadores, el «modelo» familiar burgués se manifiesta de manera grotesca ya que la clase proletaria y su actitud, así como la explotación sufrida, deforman aquel «modelo». Bodas, bautizos, «quince años» y otras fiestas son rituales que buscan perpetuar mágicamente los vínculos que la realidad niega cotidianamente pero a la vez la deformación es signo de la potencialidad que anida en el proletariado, su busca de una sociedad mejor. Esta imposibilidad conduce a una exasperación que también se revierte contra la estructura familiar. El proletariado sufre la imposición a veces violenta de la ideología burguesa y para ello la familia se convierte en una punta de lanza. La familia proletaria además de cumplir con la realización del trabajo doméstico a la reposición de la fuerza de trabajo, es un transmisor de la ideología dominante pero al caricaturizarlo es también un impugnador. Al través de todos los aparatos político-ideológicos se transmiten los valores y los ideales de la familia burguesa. Por medio del hombre proletario se introduce a la familia: el machismo, el autoritarismo. A la mujer le toca infundir lo contrario: el sometimiento, la resignación. En este sentido la burguesía está interesada en mantener las deplorables condiciones de desintegración, ignorancia, incultura y prejuicios en que se encuentra la familia proletaria, como una manera de preservar la explotación y opresión que hacen posible su condición de privilegiada.

Más aún, las cualidades o valores que pueda poseer la familia trabajadora tales como la disciplina, la abnegación, la inclinación al trabajo colectivo son utilizados en beneficio del capital para obtener mayores ganancias. Esta situación acarrea en el trabajador una frustración y un resentimiento que unidos a las deterioradas condiciones materiales y espirituales de vida se expresan en el interior de la familia en borracheras, golpes a la mujer, palizas a los niños. Actos que en última instancia son manifestaciones de la lucha de clases caracterizada, hoy en día, por la falta de conciencia sobre quién es el enemigo a combatir.

El proletariado, al serle enajenado su trabajo, se ve objetivamente relegado a una existencia animal; las relaciones

personales que establece encuentran múltiples obstáculos. Aquí el amor aparece, no al impulso de la conveniencia económica, sino como una respuesta espontánea a la necesidad de compañía, comprensión, afecto y solidaridad ante la explotación. Por ello la abnegación, la fidelidad y el espíritu de sacrificio son legítimos. La procreación se adapta a la necesidad de supervivencia y perpetuación de la clase, y el núcleo familiar así establecido tendrá una legitimidad humana de que carece la familia burguesa.

Este germen de familia proletaria prevalece muchas veces, pese a las deformaciones, las condiciones de vida y las trabas que le impone la sociedad capitalista.

Conforme la crisis del sistema se profundiza y con ello aumenta el desempleo y el empobrecimiento de las masas crece, la vida familiar se hace más difícil, lo que a su vez repercute en el aumento de los problemas sociales como delincuencia, prostitución y con ello se acelera la desintegración de ese núcleo.

Abundan los intentos de explicar la «crisis de la familia» tanto por ideólogos burgueses como pequeño burgueses, a partir de elementos tales como la falta de comunicación entre los cónyuges, el alto índice de divorcios la falta de atención a los hijos; la «crisis generacional»; la «crisis moral»; y aún se llega a hablar de la «crisis de la pobreza» entendida como “cuando la vida significa tratar de subsistir por carecer de ingresos suficiente, ni vivir con una higiene mínima, la existencia familiar no puede ser sino altamente problemática, centrada sobre la angustia de la lucha por la vida”. El común denominador de estas explicaciones es la ubicación del problema como de los de carácter ideológico-emocional en donde se presentan las consecuencias como causas, explicaciones subjetivas producto mas de vivencias, preocupaciones y sentimientos cristianos que de un análisis científico del tema. De aquí se desprende la necesidad de la lucha ideológica y teórica que permita aclarar estos problemas y facilite el avance en el proceso de la lucha revolucionaria.

Crisis familiar y lucha ideológica

Los problemas que acarrea la inflación, el creciente aumento en el costo de la vida, el alargamiento de las jornadas de trabajo, la integración de las mujeres y aun, de los niños que trabajan fuera del hogar; la emigración del campo a la ciudad y al extranjero; el desempleo y otros fenómenos del momento actual del capitalismo repercuten de diversas maneras en la familia. Tal vez lo más importante, por lo que a la familia proletaria se refiere es su proceso de desintegración, el hecho de que la familia deje de tener un eje, un centro que la cohesione y mantenga: la madre y esposa ocupada, deja de cumplir esa función al incorporarse como trabajadora. Este hecho acarrea una crisis de la familia que se encuentra inserta en el carácter mismo del capitalismo en su actual fase y crisis, en donde las masas trabajadoras se empobrecen cada día más y la mujer, los hijos, toda la familia deja de ser, por lo menos en parte, el núcleo básico de la sociedad. Visto así, «la crisis de la familia» encuentra su explicación en una contradicción insuperable del sistema: la necesidad de extraer plusvalía con la incorporación obligatoria de la mujer al trabajo. En el interior de la familia esta situación repercute creando una situación objetiva de interdependencia entre sus miembros y no de exclusivo predominio masculino de la misma razón el enfrentamiento a un mundo cada día más hostil en el que la subsistencia es cada día más difícil, hace que el hogar, la familia sea el único refugio, el único lugar donde se sienta algún alivio, al tiempo que es ahí donde se descargan la frustración que el trabajo, al no ser más que un medio para la vida y no la vida misma, produce. Sin embargo, subjetivamente en el terreno de la conciencia se sigue aceptando como única autoridad la paterna, así como los valores establecidos.

En la familia se expresa la crisis económica e ideológica que vive la sociedad capitalista, pero no es en modo alguno intentando románticamente salvarla o temerariamente pensar en destruirla como se corregirán sus males. Un nuevo tipo de familia existirá cuando exista una nueva sociedad. Esto no significa que haya que esperar pasivamente el cambio social para que se transforme la familia, sino que es necesario insertar dentro de la lucha revolucionaria, la lucha ideológica que permita ganar a los trabajadores a la comprensión de estos problemas. El objetivo de la lucha revolucionaria no puede fincarse en la célula más pequeña de la sociedad, sino en el centro motor del sistema, causante ese sí de la crisis familiar: el capital monopolista, eje rector de la vida económica, política y social.

El rescatar los valores genuinos de la familia, el hacer claridad de que no puedan realizarse en el capitalismo, porque la clase dominante impide y finalmente empuja a la descomposición a la familia que dice defender, al conocer al enemigo de clase que no sólo está en la fábrica u oficina, sino que penetra en la intimidad familiar, desgarrándola; al lograr integrar a todos los miembros de la familia a una concepción científica, objetiva que permita desenmascarar las concepciones burguesas en el seno del proletariado y la pequeña burguesía, se avanzará en la creación de una toma de conciencia del proletariado. Eso es a nuestro juicio, avanzar en la lucha revolucionaria de mujeres, hombres, jóvenes y niños.

Autora: DIRECCIÓN COLECTIVA: ALONSO AGUILAR M., IGNACIO AGUIRRE, FERNANDO CARMONA, JORGE CARRIÓN, RUFINO PERDOMO

Título del libro: ESTRATEGIA, REVISTA DE ANÁLISIS POLÍTICO. AÑO IV, VOL. 4 NO. 19. ENERO-FEBRERO DE 1978.

Editorial: PUBLICACIONES SOCIALES MEXICANAS

Año de publicación: Enero-Febrero de 1978

ISBN: s/isbn